GAPITULO CENTRO DE AMERICA LATINA LA historia de la literatura argentina



37



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

37. Realismo tradicional: narrativa urbana

Este fascículo ha sido preparado por Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 38:

REALISMO TRADICIONAL: NARRATIVA RURAL

- MARTINIANO LEGUIZAMON
- BENITO LYNCH: VIDA Y OBRA
- EL CICLO DE NOVELAS DE LYNCH
- EL DESCONOCIDO BENITO LYNCH
- GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
- HUDSON Y EL PAISAJE ARGENTINO

y junto con el fascículo, el libro LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA, de Benito Lynch

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letrado de Buenos Aires, y de las colecciones particulares de María Elena Gaviola de Gálvez y de Horacia Jorge Becco.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Cinématographe "



MANUEL GALVEZ

justo angenten

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Realismo tradicional: narrativa urbana

La novela argentina 1910-1920. La década de los años 10 puede considerarse, no obstante el caudal de obras que la singularizan, como etapa de transición entre ciertas formas postreras del modernismo y la irrupción de las escuelas de vanguardia -desde el ultraísmo hasta el intento aglutinante de la revista Martín Fierro y la experiencia global del grupo "Florida" - o de la literatura social, con sus resabios de naturalismo y anarquismo ideológico, tal como se ofrece en la versión "boedista". Entre 1910 y 1920, aproximadamente. terminan de configurarse los rasgos precursores de esta última corriente literaria, pero se inscribe también en estos años la obra conservadora de la llamada "Generación del Centenario", o "Generación de Nosotros", grupo englobado, más que en torno a un programa estético, alrededor de una voluntad común de conservación y sedimentación de lo va conquistado en el terreno de la literatura, voluntad cuya cifra, por otra parte, se revela en el tono de la revista Nosotros, que sólo acoge a las firmas de prestigio o a los ióvenes valores con méritos muy perceptibles. Algunos nombres característicos serían los de Carlos Obligado, Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Juan Carlos Dávalos, Alfonsina Storni, Manuel Gálvez, Baldomero Fernández Moreno, Juan Pedro Calou y Evaristo Carriego. Esta enunciación sumaria nos · remite a las visibles diferencias que median, por ejemplo, entre el pintoresquismo sentimental presente en Carriego (La canción del barrio, 1913) y el lirismo castizo y distanciado de Banchs (La urna, 1911). Otros extremo estaría representado, a su vez, por el peculiar tratamiento de la realidad cotidiana practicado por Fernández Moreno -por entonces en su etapa "sencillista"-, contrapuesto a los tardíos resabios de retórica "modernista" presentes en al-gunos epígonos del Centenario. Un primer movimiento de ruptura -que

prefigura los rasgos de la vanguardia, si bien con su obligado tributo al simbolismo— lo constituye hacia 1915 la aparición de *El cencerro de cristal*. de Ricardo Güiraldes.

A lo largo del período 1910-1920 -podríamos retroceder hasta 1906, año de aparición de Carne doliente, de Ghiraldo, y prolongar su duración hasta 1922, fecha de publicación de Historia de arrabal, de Gálvez- se editan varias obras de importancia en la historia de nuestra literatura: La gloria de Don Ramiro (1908), de Enrique Larreta; Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira (1911), de Roberto I. Pavró; Los caranchos de la Florida (1916), de Benito Lynch; Cuentos de la selva (1918), de Horacio Quiroga y Nacha Regules (1919), de Manuel Gálvez. Junto a estos nombres podemos alinear algunos secundarios, que prolongan varias vertientes va configuradas: La novela de Torcuato Méndez (1912), de Martín Aldao (1879), en la línea de la novela costumbrista y del folletín del "gran mundo" iniciado por Emma de la Barra (César Duayen); Alcalis (1916), de Enrique de Vedia (1867-1917), vinculado al ciclo de "novelas argentinas" de Ocantos. A la década de los años 10 pertenece también la producción más popular de Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast, 1883-1962), que algunos críticos han caracterizado como ejercicio de aplicación nacional de las virtudes y defectos novelísticos de Fernán Caballero y de Juan Valera. Por estos años, precisamente, aparecen Flor de durazno (1911), La casa de los cuervos (1916), Valle negro (1918) y Ciudad turbulenta, ciudad alegre (1919). Sus novelas -en las que se mezclan el idealismo romántico v el realismo costumbrista, como señala Carmelo M. Bonet, y las antinomias tienen un sabor fuertemente delineado- alcanzaron en sus primeras ediciones un éxito popular sin precedentes, que marca -a través de varias docenas de mi-



César Duayen (Emma de la Barra de Llanos)



Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.as

Crónica de la narrativa argentina de 1906 a 1922

1906 Lugones, Leopoldo Ghiraldo, Alberto

1907 Chiappori, Atilio

1908 Quiroga, Horacio Larreta, Enrique Chiappori, Atilio

1909 Soiza Reilly, Juan José

1910 Mas y Pi, Juan Angel de Estrada Alberto Gerchunoff

1911 Payró, Roberto J.

Wast, Hugo

1912 Aldao, Martín

1914 Gálvez, Manuel

1916 Vedia, Emrique de Wast, Hugo Gálvez, Manuel Lynch, Benito

1917 Quiroga, Horacio Güiraldes, Ricardo

1918 Lynch, Benito Pascarella, Luis Quiroga, Horacio

1919 Gálvez, Manuel Quiroga, Horacio Wast, Hugo

1920 Roldán, Belisario Blomberg, Héctor P. Leumann, Carlos Alberto

1921 Olivera Lavié, Héctor Quiroga, Horacio Palazzo, Juan Moreno, Ismael Guillot, Víctor Juan

1922 Cancela, Arturo Dávalos, Juan Carlos Méndez Calzada, Enrique Gálvez, Manuel Leumann, Carlos Alberto Las fuerzas extrañas Carne doliente

Borderland.

Historia de un amor turbio La gloria de Don Ramiro La eterna angustia

El alma de los perros

Tragedias de la vida vulgar La ilusión

Los gauchos judíos

Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira

Flor de durazno

La novela de Torcuato Méndez

La maestra normal

Alcalis

La casa de los cuervos El mal metafísico Los caranchos de la Florida

Cuentos de amor, de locura y de muerte

Raucho Raquela

El conventillo Cuentos de la selva

Nacha Regules El salvaje

Ciudad turbulenta, ciudad alegre

La venus de arrabal Las puertas de Babel Adriana Zumarán

El caminante Anaconda La casa por dentro El matadero Historias sin importancia

Tres relatos porteños El viento blanco Jesús en Buenos Aires Historia de arrabal La vida victoriosa

llares de ejemplares vendidos- uno de los momentos de configuración del escritor profesional de Stella (1906), Salvo la popularidad de Stella (1906), de César Duayen (Emma de la Barra, 1861-1947), sólo podría equiparársele el éxito no menos sostenido de las primeras novelas de Gálvez. Ambos autores fueron traducidos a una docena de idiomas v alcanzaron la difusión, no poco notable en momentos en que el cine argentino abastecía un copioso mercado latinoamericano, de varias adaptaciones cinematográficas. La labor desarrollada por estos dos novelistas será contrapuesta años después por los hombres de Boedo en un manifiesto titulado "Con Gálvez o con Martínez Zuviría" (Los realistas), que firman Barletta v Olivari: "A la literatura de Martínez Zuviría, que falsea la vida y el amor -dicen- le contraponemos la obra del gran novelista Manuel Gálvez".

Junto a los autores señalados producen su obra, entre los límites más o menos variables de este marco, algunos nombres que prefiguran varios de los tópicos y de los modos narrativos e ideológicos del "boedismo". Nos referimos a Luis Pascarella, Héctor P. Blomberg, Héctor Olivera Lavié, Juan Palazzo e Ismael Moreno, sobre cuyos trabajos habrá que detenerse más adelante.

Escritores y lectores: Seguramente conviene indicar ahora que este movimiento cultural heterogéneo, que se produce en las inmediaciones de la primera presidencia de Irigoyen, coincide y se complementa con la constitución de un público lector, que en líneas generales es el fruto de la consolidación social de las clases medias urbanas y uno de los resultados previsibles de la Ley de Educación Común (hacia 1914 se consigna una tasa de analfabetismo del 35%, sobre el 53,5 % de 1895 y el 77,9 % de 1869). Algunos datos que contribuyen a aclarar las líneas de este proceso de constitución del binomio es-

critor profesional - público cotidiano pueden ser los siguientes: 1) en 1910 se promulga la ley de propiedad literaria (29/IX/1910); 2) en 1913 Ricardo Rojas inaugura la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras, con lo que esta disciplina adquiere cierta "estabilidad" oficial, más perceptible tal vez por su posterior incorporación a los programas de los colegios secundarios; 3) en 1916 aparece "La Biblioteca Argentina", y casi por la misma fecha "La Cultura Argentina", colecciones destinadas a la difusión de nuestra literatura del siglo XIX en volúmenes de bajo precio; 4) se constituyen algunos "clásicos" de difusión escolar obligatoria (Cané, Mármol, Obligado, Andrade, Chassaing, Sastre, etc.); 5) en 1915 se crean las Ediciones mínimas y comienzan a aparecer varias publicaciones periódicas similares; 6) un poco dentro del proceso y usufructuando sus realizaciones, las ediciones masivas de Gálvez v Hugo Wast

Es importante insistir en la influencia de las publicaciones literarias periódicas que alcanzan particular auge entre 1915 y 1922, porque ellas, a pesar de la truculencia o del sentimentalismo estereotipado que cobijaron en sus páginas, dieron a conocer, al módico precio de diez centavos, la producción de muchos escritores de auténtico talento. Siguiendo el ejemplo de Ediciones mínimas, aparecieron, entre otras, La Novela Semanal (1917-1922), que publicó novelitas de Lynch, Dávalos, Cancela y Blomberg; El Cuento Ilustrado (1918) que difundió obritas de Roberto Gache, Defilippis Novoa, Otto M. Cione, Edmundo Montagne y C. Martínez Paiva; La Novela del Día (1918-1924), con trabajos de Hugo Wast, Quiroga y Lynch; Ediciones Selectas América (1919-1922), en cuyas páginas colaboraron Gerchunoff, Luis Franco y Arturo Cancela; La Novela Universitaria (1921-1922), con las

firmas de Gálvez, Olivera Lavié v César Carrizo: La Novela de la Juventud (1920-1922), con producciones de Víctor J. Guillot, Carlos Muzio Sáenz Peña v Pilar de Lusarreta. También es importante tener en cuenta las revistas literarias de entonces, desde la pontífice Nosotros (1907-1934), de Alfredo Bianchi y Roberto F. Giusti, hasta Atlántida (1911), de Alberto Ghiraldo; Ariel (1914-1915), de Alberto Palcos; La Nota (1915-1921), del Emir Emin Arslan: Vida Nuestra (1917-1923), de A. Bilis; y hacia el final del período, las primeras épocas de Martín Fierro (1919), de Evar Méndez, y de Claridad (1920), de José P. Barreiro y Gaspar Mortillaro, sin descuidar la mención de la ultraísta Prisma (1921), de González Lanuza. Junto a estas publicaciones podemos recordar algunos "magazines" que acogieron abundante producción literaria: Caras y Caretas, P. B. T., La Vida Moderna, Fray Mocho v Plus Ultra.

Otro elemento no menos ponderable, como índice elocuente de la creciente valorización de la actividad literaria, lo constituyen tres antologías que aparecen entre 1914 y 1919; nos referimos a Nuestro parnaso (1914) de Ernesto M. Barreda; a Antología contemporánea de poetas (1917), de Morales y Novillo Quiroga; y a Los mejores cuentos (1919), seleccionada y prologada por Manuel Gálvez. Complementando el cuadro de canonización de las letras argentinas, Ricardo Rojas escribe la primera historia sistematizada de nuestra literatura, e inician su labor crítica Juan Pablo Echagüe, Arturo Marasso, Roberto F. Giusti, Alvaro Melián Lafinur v Jorge Max Rhode.

La literatura de la ciudad: La literatura de tono social de la segunda década, con sus apoyaturas en el proceso de crecimiento urbano, resulta la confirmación y el desarrollo de una de las posibilidades de la novela naturalista, tal como la practicaron entre nosotros



Portada de Los errantes, de Blomberg, en La Novela Semanal (8-11-1920)



Portada de La última conquista, de H. O. Lavié, en La Novela Semanal (1-11-1920)

Cambaceres, Podestá, Martel v Sicardi. Nos referimos, por cierto, a la incorporación decisiva de la ciudad como escenario, a la vez que mediador, de las peripecias de unos personajes que por su extracción y modalidad están intimamente vinculados a ella, hasta el punto de resultar muchas veces incomprensibles fuera de este marco que los signa de manera tan decisiva. Pero no se trata, por supuesto, de una particularidad que deba limitarse al horizonte novelístico de los años 1890, con su ciclo socioliterario sobre la crisis. El avance del marco urbano hacia un primer plano de interés temático obedece indudablemente al va mencionado proceso de urbanización pero hunde también sus raíces en la historia de la literatura europea del siglo XIX, a la que tan discipularmente se ciñe por entonces la nuestra; puede rastrearse en la novela romántica de contenido social (Víctor Hugo, Eugenio Sue), aparece configurado de manera específica en la novela realista burguesa (ver el lugar que ocupan las escenas de la vida parisiense en La Comedia Humana, de Balzac) y luego de pasar por el simbolismo, a través de Baudelaire y de Banville, es formulado con precisión teórica por el naturalismo (el plan de los Rougon-Macquart de Zola, como historia natural y social de una familia, incluye varias novelas sobre la ciudad). No resultan ajenas a esta irrupción urbana, antes y después del Centenario, las influencias más o menos directas de ciertos autores: Charles Dickens, los hermanos Goncourt, Jules Laforgue, León-Paul Fargue, Pío Baroja, Charles-Louis Philippe, Francis Carco, etc. En los autores de la segunda década la presencia de la ciudad asume diversas formas, más o menos uniformes y constantes, que de alguna manera resumen y agotan todas las posibilidades literarias y gnoseológicas de la temática urbana. Sumariamente descriptas serían las siguientes: 1) el tema de la "mala vida", que asoma en Cambaceres y en algunos folletines de Gutiérrez, se especializa en la descripción de tipos que integra las Memorias de un vigilante de Fray Mocho, y culmina con los cuadros rufianescos de Gálvez y Palazzo; 2) la visión teratológica y misoneísta de la ciudad, que se extiende en un amplio giro desde Sicardi (Libro extraño) hasta las formas de vanguardia que denuncian cierto sentimiento de incoherencia característico de la vida moderna: 3) el "cosmopolitismo" u la "ciudad-babel", que asume las formas de lo exótico en Blomberg (El chino del Dock Sur) o se singulariza en las descripciones de la emulsión étnica que se produce en el conventillo, como sucede en Pascarella; 4) el mundo de los marginales, de los desclasados y de los parias sociales, que opera a manera de centro de convergencia de casi todos los autores y cuya síntesis fructificará años más tarde en la literatura de Enrique González Tuñón (Camas desde un peso); 5) los estigmas de la ciudad, un poco la forma englobante de ese universo típico que cultivan los naturalistas rioplatenses v en el que participan por igual la prostitución, el alcoholismo, las taras hereditarias, el conventillo, etc. (Palazzo, Gálvez); 6) la visión mitológica del arrabal, heredada de Carriego y retomada después -sin las cargas de humanitarismo típicas del autor de La canción del barrio- por Jorge Luis Borges; 7) la presencia de lo cotidiano, del vivir sin sobresaltos en que se remansa por entonces cierto sector de la clase media, tal como aparece en Ciudad de Fernández Moreno v posteriormente en los libros de Luis Cané v Horacio Rega Molina; 8) la crítica risueña de tipos y costumbres urbanas: dos nombres y dos obras que aparecen hacia el final del período concitan la producción finisecular de Juan A. Piaggio (Tipos y costumbres bonaerenses, 1889) y de Osvaldo Saavedra (Risa amarga, 1896) con las "aguafuertes" de Roberto Arlt y con los croquis periodísticos de Rodolfo



La Avenida de Mayo (en Caras y Caretas, el 27-12-1919)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ag

La literatura urbana de principios de siglo se desarrolla naturalmente a la par del crecimiento de los grandes núcleos ciudadanos, en especial Buenos Aires; no es extraño, así, que en las novelas y cuentos de esa época quede registrado un amplio proceso de transformación social.



Buenos Aires antiguo: la calle "del Pecado" en 1899

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Taboada. Nos referimos a Glosario de la farsa urbana (1919), de Roberto Cache, y a Las charlas de mi amigo (1920), de Enrique Loncán (1892-1940).

El tema "social": El grupo de escritores que hemos caracterizado como precursor del "boedismo" es tributario de esta compleja trama de circunstancias literarias y del peculiar clima social que sucede al Centenario: ascenso formal de la clase media y presiones del proletariado, por una parte, y expansión sin desarrollo, por otra. La ciudad asume para ellos el carácter de mundo cerrado en el que se debate, como problema central, lo que por entonces se denomina vicariamente "la cuestión social". Asoman en sus obras el conventillo y el arrabal proletario, los medios pauperizados y las formas aberrantes del vicio que derivan de la explotación descontrolada; unas veces como frutos de una observación lúcida y militante, aunque parcializada, de la realidad nacional, y otras veces como tópicos heredados del naturalismo, aunque en ciertos casos se produce la yuxtaposición de ambas perspectivas y los deslindes resulten más complejos.

Salvadas las polarizaciones propias de una caracterización de conjunto, que obviamente se aparta de los rasgos distintivos para englobar ciertos aspectos comunes, podemos trazar el siguiente cuadro descriptivo de las obras "pre-boedistas".

En líneas generales podemos encuadrarlas literariamente en la corriente realista, o como derivadas de un naturalismo interesado menos entrañablemente en la doctrina de la "novela experimental" -como mediadora de lo social- que en las formas crudas y tremendistas con que ésta fue plasmada por Zola y sus epígonos; y vincularlas ideológicamente con el anarquismo, que por entonces es la doctrina oficial del proletariado y de sus organizaciones de resistencia. En manos de estos intelectuales, que proceden de las capas medias, las ambi-

guas propuestas reivindicatorias que formula el anarquismo se transforman unas veces en pietismo y otras en paternalismo, teñido en algunos casos por el tono redentorista del mesiánico Almafuerte, cuyas obras, conocidas hasta ahora oralmente o por intermedio del periódico, comienza a editarse en libro.

Se percibe en ellos una tendencia a formular escatologías y visiones finalistas, y consiguientemente una conciencia marginal de los roles históricos. Tienden, en general, al arquetipismo de los personajes y de las situaciones, así como a una retórica expresiva que resulta muy evidente por sus vacilaciones -a veces dificultades- para asumir un nivel de lenguaje popular convincente. La realidad es tipificada (el conventillo, la taberna, el prostíbulo, el taller, el arrabal) v son recurrentes las apelaciones a los contenidos truculentos, que luego de esta prefiguración alcanzarán su punto culminante en los relatos de Elías Castelnuovo. A favor de cierto didactismo regenerante, predominan en sus obras una atmósfera moral "condenable", balanceada -como 'sucede en Palazzo- por el tono sentimental o la ironía amadga y desencantada (ver "Redención", en La casa por dentro). Algunos escritores: Entre el esbozo temático que se ha trazado y el examen posterior de Manuel Gálvez, cabe ahora reseñar ciertas obras significativas del período.

En 1918 aparece El conventillo de Luis Pascarella, subtitulada por su autor "Novela de costumbres bonaerenses". No es la primera vez, por otra parte, que el conventillo hace su aparición en la literatura argentina; salvada la referencia ya sacramental a En la sangre de Cambaceres, conviene recordar su presencia en Antígona (1885), de Roberto J. Payró; en Paloma y gavilanes (1886), de Ceferino de la Calle (Silverio Domínguez) y en Croquis bonaerenses (1896), de Marcos F. Arredondo y en otro plano, las páginas que le dedi-

caran Eduardo Wilde, Curso de higiene pública, 1883; Guillermo Rawson (1821-1890), Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires. 1885; Adrián Patroni, Los trabajadores en la Argentina, 1898, y Samuel Gache (1859-1907), Les logements ouvriers à Buenos Aires, 1906. Pascarella realiza una descripción minuciosa, documental y hasta cierto punto diadáctica del conventillo. En las páginas de su libro desfilan todos los tipos y arquetipos asimilables: los gringos arrancados al medio rural, los compadritos, los criollos desarraigados por el "aluvión", los anarquistas, los patrones inescrupulosos, los políticos vividores, etc. Pero esta estratificación rumorosa, que a veces asume las características de un catálogo, no está puesta exclusivamente al servicio de un pintoresquismo al uso (en cierto sentido la vertiente sainetera inaugurada por Vacarezza). Las criaturas y el ambiente descriptos por Pascarella abonan una tesis que tiene mucho que ver con el "darwinismo social" en boga: el conventillo es una "estación de tránsito" en la que se verifican ciertas leyes "naturales"; al operar esa sórdida emulsión de tipos desarraigados -dice el autor- "el conventillo obraba a la manera de gran cedazo que retenía la parte más gruesa". Frente a las imágenes espectrales del conventillo se levanta el espejismo -por entonces muy viable- de la movilidad social. La calle Florida, por ejemplo, era "un conventillo transformado". Toda esta escoria, descripta con vigor, encuentra su legítimación en el previsible desarrollo de la comunidad: el conventillo v sus secuelas concluye Pascarella- son "los extremos de un sistema perfectible".

Las puertas de Babel (1920), libro de Héctor P. Blomberg (1890-1950) que recoge, entre otros, los relatos El chino de Dock Sur y Las cigarras del hambre, publicados en los números 49 y 71 de La novela semanal (1919) testimonia la fascinación que ejerce sobre el autor esa curiosa amalgama



Pío Baroja



Portada de la primera edición de El conventillo, de Pascarella



Dedicatoria de Pascarella, en la primera edición de El conventillo, a Emilio Berisso

cosmopolita cuva cifra son los tenderetes del Paseo de Julio y sus aledaños: conventillos, fumaderos de opio, lavaderos, cafés-concert, ropavejerías, fondines sórdidos, etc. Manuel Gálvez, que prologa el libro, reconoce este carácter y afirma que Blomberg es el narrador artista de los barrios "extraños y siniestros" de Buenos Aires. Estos barrios, continúa, son las "puertas de Babel" por las que se penetra en la ciudad "monstruosa e inquietante donde todos los idiomas del mundo y las razas se confunden y mezclan", en esas "puertas" -que no son la ciudad misma pero que la prefiguran- se aglomera "la caravana de los parias, la turba sucia y doliente que arrastra por los puertos y los mares su desolación y su miseria". Cierto clima poético y una semejanza con la atmósfera de los relatos marineros de Conrad v Mac Orlan singularizan la obra de Blomberg y establecen un rasgo distintivo frente al naturalismo.

La corta existencia de Juan Palazzo (1893-1921) está vinculada a la realidad del conventillo, en el que vivió, y a la experiencia estética y militante de un grupo de plásticos formado hacia 1914, como consecuencia del Salón de Rechazados. Las propuestas de los "Artistas del Pueblo" (Arato, Vigo, Facio Hebecquer, Riganelli, Santiago Palazzo, Bellocq) encuentran su correspondencia literaria en La casa por dentro (1921), libro único y desolado en el que se advierte el talento de Juan Palazzo. Su visión naturalista del conventillo no excluye, sin embargo, cierta veta de ironía que devuelve a sus personajes una enternecida humanidad (compárese, por ejemplo, el naturalismo canónico de "Miseria" -con su corolario sombrío de estigmas hereditarios, muy al gusto "cientificista"- con el desenfado picaresco de "El castigo", o con el final desencantado pero sutil de "Redención"). La casa por dentro, como apuntamos, retoma la constante del conventillo cosmopolita, con su cohorte de buhoneros, prostitutas, enfermos incurables y parias de todas las procedencias; pero el conventillo de Palazzo es "pintoresco y terrible, luminoso y sombrío, alegre y trágico"; mundo brumoso y dual, paradigma de una miseria frente a la cual se eleva como única respuesta el sufrimiento del artista-espectador. Seres sin destino, encerrados en su fragilidad, clausurados por la nimiedad de sus existencias oscuras, sólo pueden redimirse por ese movimiento de piedad que ejercita el autor al evocarlos.

Un interesante ejemplo de novela social de ambiente proletario lo constituye El matadero (1921), de Ismael Moreno. Las peripecias del relato -que ofrece al lector un cuadro vigoroso y lleno de vida del trabajo en los frigoríficos y una punzante descripción de tipos y ambientes -están centradas en torno a las huelgas de Berisso de 1918. El tono de Moreno es marcadamente panfletario y militante, pero el documentalismo naturalista en que se apoya se yuxtapone a veces con recursos expresionistas, lo que contribuye a crear un clima fantasmagórico, exasperado, lindero muchas veces con la categoría del "esperpento". Estilo indirecto, personificaciones, rasgos vanguardistas en la descripción de seres y cosas, confieren un sabor peculiar a esta parábola incisiva de un doloroso episodio de nuestras luchas sociales.

Para concluir nos falta agregar a esta reseña El caminante (1921), escorzo barojiano de Héctor Olivera Lavié sobre las vacilaciones y peregrinajes de un muchacho abúlico. Con un estilo despojado, ceñido a los límites de una prieta economía expresiva, el autor nos ofrece, sin embargo, un cuadro vigoroso y realista de la vida en pequeño, de los triviales sobresaltos de una existencia sofocada por la nimiedad de su destino y condenada de antemano por su falta de proyectos vitales. De esta novela, que mereció el primer premio en el Concurso Municipal de Literatura, dijo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

www.ahira.com.ar

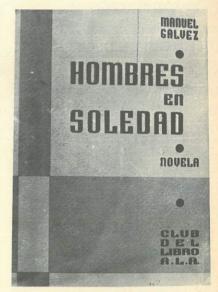


Manuel Gálvez en 1924

Mariano A. Barrenechea que "bastará para colocar a Olivera Lavié en un puesto de primera fila entre nuestros jóvenes escritores, en una situación independiente y nueva con respecto a Gálvez, nuestro mejor novelista, y a veinte mil codos por encima en mérito literario de Martínez Zuviría, nuestro novelista más popular".

Manuel Gálvez. - "Nuestro mejor novelista", "el Pérez Galdós de Hispanoamérica", "el gran narrador de la vida nacional", "el principal novelista argentino", u otros calificativos parecidos, no era infrecuente que se aplicaran alrededor de 1920 al escritor Manuel Gálvez (1882-1962). Este era ya el autor de La maestra normal, El mal metafísico y Nacha Regules; y, la verdad sea dicha, no había entonces mucho que oponer a aquellos juicios. Sin embargo, al admitirlos solía retaceárselos, y varios de esos comentarios no estaban exentos de gruesas reticencias. Pero pocos le negaban un lugar destacado, cuando no prominente, en nuestro quehacer literario. Y aunque Gálvez -con una constancia que tal vez sea su rasgo más señalado- siga produciendo decenas de libros a lo largo de varios años hasta su muerte, algo cambia en esa situación, sobre todo a partir de 1930; y resulta obvio señalar que en los últimos tiempos su prestigio era casi una mera supervivencia de su antigua gloria. Conviene analizar de cerca este proceso.

Los jóvenes vanguardistas que emergen en la década del veinte, es decir, los que se nuclean en torno a la revista Martín Fierro, suelen tomar a Gálvez bastante a la chacota —lo que en ellos, por lo demás, era habitual— y apenas hay una reseña que sea crítica. Y si una antigua amistad con el director Evar Méndez, le lleva a colaborar en las páginas del periódico en tres oportunidades, nada hay en este hecho que pueda hacernos creer que los jóvenes martinfierristas



Portada de la primera edición de Hombres en soledad (1938)



Reunión del PEN Club en Buenos Aires (1932). El último de la derecha, sentado, es Manuel Gálvez. A su lado, está Jorge Luis Borges, y al lado de éste, Ramón Gómez de la Serna. El primero de la izquierda, de pie, es Arturo Capdevila, junto a Pablo Rojas Paz, sentado en un brazo del sillón

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo respeten o estimen en particular. Su posición dista mucho de ser la de un Güiraldes o un Macedonio Fernández, precursores o maestros reverenciados, ni tampoco la del mismo Lugones, el vilipendiado enemigo, la piedra de escándalo. No nos parece arriesgado suponer que aquellos irónicos rebeldes tuviesen ya entonces una opinión sobre su obra similar a la que expresara años después uno de ellos, Jorge Luis Borges, al referirse despectivamente e incidentalmente al realismo ramplón, a "la mera verosimilitud sin invención, de los Payró v los Gálvez" (Sur, núm. 111). No obstante, en esa misma época, los integrantes de lo que se ha dado en considerar el bando literario opuesto, los del grupo de Boedo, que reclaman v practican un realismo de fuerte contenido social, tenían en alto concepto la obra de Manuel Gálvez. Y dos de ellos, Nicolás Olivari y Lorenzo Stanchina, escriben en 1924 el primer libro que intenta analizar los trabajos del autor de Historia de arrabal, con resultados que se acercan al panegírico escolar.

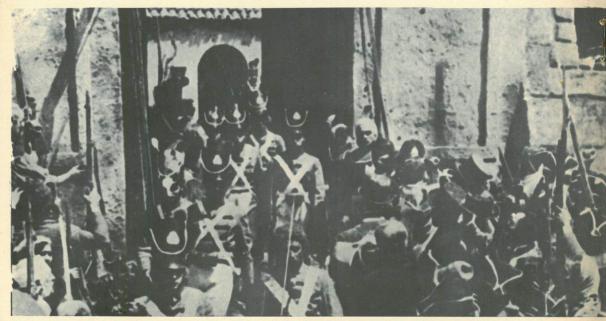
Pero en las décadas siguientes, la figura del novelista Manuel Gálvez permanece, en cuanto a la apreciación crítica, estacionaria, o mejor dicho, en vez de crecer se va oscureciendo gradualmente, a pesar de algunos premios, algunas candidaturas, un PEN club y el mucho ruido que meten sus biografías; a pesar también de una robusta novela: Hombres en soledad. Algo y bastante, sin duda, tuvieron que ver en este proceso sus posiciones ideológicas, si no políticas, cada vez más verbalizadas y reactivas, que influyeron para que, por ejemplo, en Sur las referencias a su obra fuesen prácticamente nulas (excluida una que otra mención, como la citada de Borges, y un breve comentario de Mastronardi) a lo largo de sus más de trescientos números. Por otra parte, las nuevas promociones de escritores realistas -Bernardo Kordon, Roger Pla y Er-

nesto Sábato- y las que le siguen tampoco han de haber visto con agrado su nacionalismo clerical, patricio v decididamente antizquierdista. Así, esta v otras razones contribuyen a arrumbar el prestigio de Gálvez; y no es casual que él se hava dedicado entonces -como buscando refugioa la novela histórica y la biografía. Y si en años recientes, Jorge Abelardo Ramos puede, sin inmutarse, seguir considerándolo "nuestro novelista más importante", aun otros partidarios de la revisión histórica -J. J. Hernández Arregui o Luis Alberto Murray, por ejemplo- se muestran más medidos, al reconocerlo como un venerable "patriarca", pero sin hacer mucha cuestión sobre su vigencia literaria. Tal vez sean los escritores que se revelaron en la revista Contorno quienes hayan ensayado últimamente la revaloración crítica más ajustada del autor de Nacha Regules. No tanto por los dos artículos aparecidos en la revista (uno de Juan José Sebreli y otro de Ismael Viñas firmado Marta C. Molinari), como por el número de la Duquesne Hispanic Review preparado por Adolfo Prieto -con una muy buena colaboración de Noé Jitrik-; también sagaces resultan ciertas observaciones de David Viñas en Literatura argentina y realidad política. Manuel Gálvez nos ha dejado una treintena de novelas; y sus libros de poesías, ensayos, memorias y biografías alcanzan casi esa cifra. Su producción, escalonada a través de sesenta años de ininterrumpida labor, comienza a desplegarse junto con este siglo. Debe admitirse que nadie antes que él había realizado en el país tan ingente tarea. Cambaceres, Sicardi, Payró y muy pocos más habían abierto la brecha e indicado el rumbo; pero, ninguno hasta entonces lo había seguido tan tesonera, fiel y sistemáticamente, mérito de por sí nada desdeñable. Ahora bien, lo que en rigor justifica la atención estudiosa del crítico, es que la obra de Gálvez resulta también significativa en un sentido

. COMO PIETSA Y ESCRIBE VD. SUS NOVELAS ?

Oxpuras necento exfragarme para imaginar missimolas, puis preo ina inquiar facilidad de escuepción. Ian veo en un initante can interpas ese un servenego mas importante, con interpas ese un servenego mas importante, con interpas ese un capitales, hadra can el minimo de parancia que tradiche una un importas antes lo sprincipales hadra a permaga, ata linego, es medida que habero en un capitales, prenacuente mun meditado, ditallado, el plan de la reignida en encuenta y meditado, el plan de la reignidad se emanula y medifica dos desupres emilios la capitales por es orden meditado, meditado, el plan de la reignidad se emanda y medifica dos desenventos la contación de emanda y medifica dos desenventos la servicio de munico el material es decir la ricidante, para que la navario es decir la ricidante, las descripciones, ete Medocumento con suma prohidad; y tomo de la realidad que compo, la serse y las erras du tes de servitir una escua, la reuto; il a moro imagnatiramente y emocionalmente.

Autógrafo de Manuel Gálvez en Caras y Caretas (1918) El interés novelesco y la verosimilitud de la trama de las obras de Manuel Gálvez le aseguraron una aceptación de parte del público, aun en sus novelas de reconstrucción histórica, que hizo de sus libros un material al que recurrió con frecuencia la industria cinematográfica.



Escena de la película La muerte en las calles, de Leo Fleider, basada en la novela homónima de Gálvez

Teatro y cine

Si quitamos el caso aislado de Eduardo Gutiérrez, no hubo, hasta que aparecieron los integrantes de la generación del Centenario -Hugo Wast y Gálvez, en primer términoescritores que tuviesen a su favor un público amplio, no restringido al círculo "culto". El florecimiento del teatro rioplatense a comienzos de este siglo hecha raíces en el mismo fenómeno social, que no es otro que la configuración de un público de clase media consumidor de cultura. Su circuito se ampliará luego, a través de varios años, con el surgimiento y la expansión de nuestro cine.

Hombre atento a estos movimientos, Manuel Gálvez busca en diversas ocasiones -tratando quizá de ampliar el radio de su popularidad- de acercarse y utilizar estos nuevos medios expresivos. Así, sus comienzos literarios fueron de crítico y/o autor teatral, cuando sólo tenía veinte años (de esa desconocida producción cabe recordar el nombre de una pieza: La hija de Antenor, puesto que sirve de base a su novela breve Historia de arrabal). Una simple enumeración de sus relaciones con el teatro debiera considerar Nacha Regules, comedia en cuatro actos, 1925, adaptación de la novela homónima, puesta en escena por la compañía de

Angelina Pagano: El hombre de los ojos azules, comedia en tres actos, 1928, estrenada en Córdoba un año antes de su publicación; Calibán, tragicomedia de la vida política, 1943 que no llegó a las tablas; y a las que habría que agregar dos obras inéditas, pero siempre citadas en las listas de contraportada: "el drama El hermano que hubo de representar Pablo Podestá" v "La serpiente contra el hombre, pieza vanguardista", que los directores rechazaron. (Cf. el capítulo "Un autor en busca de compañías", en el segundo tomo de sus Recuerdos.) Su relación con el cine es igualmente persistente, comenzando por la tentativa de Difilippis Novoa de filmar El mal metafísico, los muchos



intentos de llevar Nacha a la pantalla, que culminaron con la exitosa versión (Santa y pecadora) de Luis César Amadori, interpretada por Zully Moreno y Arturo de Córdova, otros varios proyectos frustrados y dos realizados: La muerte en las calles. que dirige Leo Fleider sobre un libreto de Abel Santa Cruz, y Miércoles Santo, que es desfigurada en El festín de Satanás. Agreguemos otro vínculo de Gálvez con el cine: el intento largamente conversado pero finalmente fallido de fundar con Horacio Quiroga una empresa cinematográfica. (Cf. "Negocios con Horacio Quiroga", tomo primero, y "Cinematógrafo", tomo cuarto de sus Recuerdos.)

más profundo, aun cuando no sea la profundidad una característica que en ella resalte. Plúmbea, extensa v sobrecargada, su obra logra ser una expresión de nuestra sociedad, lograda, en realidad, contradictoria e imperfectamente. Y esa expresión asume las formas de la novela, "pues al fin y al cabo -nos dirá Gálvez más de una vez- yo no soy sino un novelista". Para atisbar críticamente el grado de verdad que pueda existir en esta afirmación, seguiremos el hilo de la madeja que el propio autor nos ha propuesto en las mil quinientas páginas de los cuatro tomos de sus Recuerdos de la vida literaria, alternándolos con la relectura de sus principales obras.

Infancia e iniciación literaria: Manuel Gálvez nace en Paraná el 18 de julio de 1882. Sus padres, Manuel Gálvez y Angela Balugera, provienen de familias de acendrada raíz hispánica, tanto que entre sus antepasados se cuenta el mismísimo Juan de Garay, "del que soy octavo nieto" -se precia nuestro novelista-. Entre sus ascendientes inmediatos se destaca su tío José Gálvez, de notoria gravitación en la vida política de Santa Fe. Es probable que la situación privilegiada de este pariente contribuya a que la familia Gálvez se instale en dicha ciudad, cuando Manuel cuenta tres años. Allí, su padre será, "menos gobernador, todo: senador provincial, ministro de Hacienda por dos veces y diputado nacional"; y por eso él podrá afirmar que "mi infancia ha transcurrido en medio de la tormentosa política criolla". "Yo iba a las manifestaciones y me desgañitaba dando vivas y mueras. Ya tenía catorce años. Mi padre me dejaba concurrir a las reuniones populares -asado con cuero y taba- y me aleccionaba para que diese con disimulo unos pesos a ciertos concurrentes de facón y poncho". Sus mayores son liberales, partidarios de Roca y Pellegrini sucesivamente; familia, en fin, de políticos adictos al Régimen. En Santa Fe cursa Manuel sus estu-



Manuel Gálvez en 1891



Manuel Gálvez en 1903

dios primarios y la mayor parte de los secundarios en el Colegio de la Inmaculada, dirigido por los jesuitas. Entre este Colegio y el Salvador de Buenos Aires, tras una incursión fugaz (1893) en el Instituto Nacional de Pablo Pizzurno, completa su bachillerato en 1897.

En 1898 ingresa en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de la que egresa en marzo de 1905, luego de haber presentado una tesis sobre La trata de blancas. De las materias de la carrera sólo confiesa cierto entusiasmo por la criminología y sus ensavos de ejercicios de la abogacía arrojan un "resultado pavoroso". Desde 1900, y por más de tres años, se desempeña como ujier de la Cámara en lo Criminal, Comercial y Correccional. Este empleo le permite familiarizarse con la psicología y el lenguaje del bajo fondo; y la retribución del mismo le alcanza para sus "gastos de hijo de familia" y, más tarde, hasta para subvencionar Ideas.

De 1898 a 1903, "estudiaba piano, armonía v composición en el Conservatorio de Williams; hacía esgrima y otros ejercicios en el Club de Gimnasia; aprendía francés con una profesora, inglés con un diccionario, alemán con el rollizo y estrepitoso herr (sic) Nielebock v taquigrafía, de noche, en la escuela de Comercio"; todo esto, aparte de las clases matinales en la Facultad, su empleo en los Tribunales y su discreta "frecuentación de la sociedad". A menudo concurre también al Club del Progreso, en donde se reúne con Ricardo Olivera, Juan Pablo Echagüe y Matías Sánchez Sorondo.

Por eso —se autodisculpa— hasta los veinte años, su cultura literaria es escasa; tal vez lo más valioso de su temprana formación sea la asidua lectura de los clásicos españoles. Adolescente aún, asiste a las funciones teatrales que alimenta el género chico español, debiendo al sainete "muchas horas de placer"; aunque no sólo

al sainete, pues con respecto a las representaciones del teatro gauchesco habrá de exclamar: "las veces que habré visto Juan Moreira, Santos Vega, Martín Fierro v Julián Giménez". Sueña entonces con ser autor teatral. Después de algunos intentos fallidos, logra que su drama en un acto La conjuración de Maza, convertido en zarzuela, sea representado en 1901. No es ésta, sin embargo, su única iniciación literaria o, al menos, es sólo una de las vertientes en que ella se produce, pues el 15 de abril de 1900 aparece en el diario santafesino Nueva Epoca, que fuera fundado por su tío José Gálvez, una nota sobre el teatro de Ibsen. En el "pequeño ambiente literario" de su patria chica, debuta casi al mismo tiempo que Juan Julián Lastra, Carlos Alberto Leumann y Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast). A las notas que entonces publica en Nueva Epoca, las califica luego de "unos pocos y abominables articulejos sobre temas que conocía muy a medias".

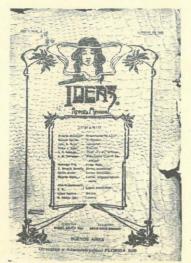
"Mi caso —dice con énfasis— era idéntico al de casi todos los aspirantes a escritores de aquel y de este tiempo. Aquí el escritor, que es siempre un autodidacto, se forma con los años y a golpes."

Epoca, revistas, viajes: La visión que nos ofrece Gálvez de los primeros años de este siglo suele ser contradictoria: idílica por un lado, chata y opaca por otro; pues ella aparece escindida entre el recuerdo de la bonanza que le permite la condición social de su familia y ciertas resistencias que despiertan sus proyectos de dedicarse a las "nobles" pero mal remuneradas "tareas del espíritu". Así, en aquellos tiempos "se bebían excelentes vinos extranjeros y la vida era fácil y barata. Marchaba todo como una seda, bajo la mano tutelar y fuerte de Roca. Lo único malo de esta época -aclara-, tal vez consecuencia del bienestar general, era el materialismo que dominaba". Aunque no olvidaba el "ambiente monótono

www.ahira.com.ar

hasta la desesperación, lleno de prejuicios, de la primera década del siglo". Es probable que esta hostilidad riqueza y bienestar, un puñado de muchachos (que) soñaba y trabajaba. (...) Ellos se enriquecían por dentro y no por fuera. Sus transacciones eran puramente ideológicas. Pero sin saberlo iban creando en sus espíritus la futura riqueza espiritual de la Patria". Conceptos que se repiten en El mal metafísico una y otra vez y de los cuales se desprende ese sentido misional que ha de ser una constante en la obra de Manuel Gálvez: sentirme pionero, creerse depositario y artífice de la verdadera riqueza nacional, la del espíritu, que el positivismo liberal no dejaba aflorar. Conceptos que asimismo establecen una separación tajante entre la ideología -atenta a lo espiritual v. por ende, buena- y la praxis -material, sucia v condenable-...

Pero no sólo él se manifiesta espiritualista. Los hombres que comienzan a escribir entre 1900 y 1905, y que -según Gálvez- forman la primera generación de escritores de nuestro país, son "casi todos espiritualistas". Las tres figuras más influventes tal vez sean Emilio Becher (1882-1921), Ricardo Rojas (1882-1957) v Alberto Gerchunoff (1883-1950). El segundo da a conocer en 1903 La victoria del hombre, primer libro publicado por un integrante de esta promoción y sobre el cual Gálvez escribe un artículo que le vale su ingreso como colaborador a La Nación. Más tarde, Ricardo Rojas y Gálvez, ya autor de El solar de la raza, serán los "primeros en preconizar un nacionalismo argentino", si bien antes que ellos, en 1906, lo había hecho sobre determinados aspectos Emilio Becher. Esta generación, que no realiza una innovación literaria contundente ni espectacular, corporiza, mediante desarrollos sistemáticos y prolongados, lo que sus antecesores habían dejado en estado embrionario.



Portada del Nº 5 de la revista Ideas, dirigida por Gálvez (1903)



Portada del tomo XVI de Nosotros (1904)

Actuación de Gálvez en "Nosotros" e "Ideas"

Como toda generación o grupo literario de cierto relieve, la llamada generación del Centenario tiene sus canales de expresión conjunta, sus revistas. Así, Ideas y Nosotros, que a grandes rasgos se presentan como el vocero inicial y la vía de consolidación literaria respectivamente. En ambas publicaciones tiene Manuel Gálvez destacada participación. Junto con Ricardo Olivera, dirige Ideas a través de su corta v fecunda vida: 1903-1905. Los collaboradores de su primer número son Alberto del Solar, Angel Estrada, Martín Gil, Eugenio Díaz Romero, Guillermo Leguizamón y Emilio Ortiz Grognet; en las secciones permanentes, Julián Aguirre (música), Martín Malharro (pintura), Juan Pablo Echagüe (letras nacionales) y Manuel Gálvez (teatro): también Emilio Becher y Olivera, que escribe las semblanzas de los colaboradores y el artículo programático, Sinceridades. Aparte de los nombrados, en números posteriores participan tanto algunos autores consagrados como Amado Nervo, Eduardo Wilde, Alberto Williams, Paul Groussac y Ricardo Gutiérrez, los dos maestros más directos: Almafuerte v Sicardi, como las nuevas figuras que surgen: Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Florencio Sánchez, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff y Atilio Chiappori, entre otros. El gran odiado es Miguel Cané, y en menor grado, Calixto Oyuela, Estanislao Zeballos y Lucio Mansilla. En Nosotros, cuyo primer número lanzan a la calle en agosto de 1907 Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, Gálvez apenas si colabora durante los primeros cinco años, pues sus frecuentes viajes a las provincias y al extranjero lo mantienen bastante

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La vasta y tesonera producción de Gálvez, desplegada a través de los más diversos géneros y a lo largo de más de medio siglo de actividad ininterrumpida, constituye el vívido testimonio de un período en el que la profesionalización del escritor empieza a convertirse en realidad.



Roberto F. Giusti

alejado de la bulla porteña, pese a lo cual entre 1908 y 1909 resulta asiduo concurrente a los almuerzos que organizan redactores y colaboradores de la revista. Pero recién a partir de 1912, en que da a conocer en Nosotros un capítulo de El solar de la raza, comienza su vinculación directa con la revista, en la que tendrá a su cargo la sección bellas artes.

Pero también muestra algunos brotes expresivos originales (Fernández Moreno, Horacio Quiroga, el teatro rioplatense). Además, se da en ella la concurrencia de dos rasgos nuevos: en lo ideológico, la proclamada superación del positivismo; en un terreno más mundano, la profesionalización del escritor. En ambos aspectos, Gálvez se ha encontrado en el centro de la lucha, ha batallado sin descanso y, visto desde cierta perspectiva, ha triunfado.

Pero, por cierto, no son éstos los únicos aspectos que muestran a Manuel Gálvez íntimamente vinculado con las empresas e inquietudes de su generación. Podríamos citar aquí su papel directivo, junto a Ricardo Olivera, en la revista Ideas, que se publica entre 1903 y 1905, como así también su colaboración en Nosotros, si espaciada al comienzo, bastante estrecha a partir de 1912, en que aparece un capítulo de El solar de la raza en dicha revista, encargándosele además la sección de bellas artes. En consecuencia, durante varios años ha de juzgar desde sus páginas tanto las exposiciones generales, especialmente las oficiales, como algunas muestras individuales. Aparte, Nosotros le administra la venta de El solar de la raza, La maestra normal y El mal metafísico. Su distanciamiento de la revista alrededor del veinte está ligado a los equívocos ideológicos que su colaboración en ella puede suscitar, y que de hecho suscita. No conviene a su catolicismo militante el fuerte acento socialista de la publicación.

Antes de este alejamiento, tienen lugar algunos sucesos determinantes en la vida de Gálvez: la edición de varios libros suyos, el nombramiento como inspector de escuelas, su casamiento con Delfina Bunge, sus viajes por el extranjero. El primero de estos viajes lo emprende a fines de 1905. Va principalmente a París —meta reglamentaria—, y también a Roma, Berlín, Madrid y otras ciudades de

Italia y España. Visita los museos, recorre las calles, se encuentra con amigos (Lugones, Ingenieros, Ugarte), pero, ante todo, saluda en París a Rubén Darío: "Para mí, como para mis, compañeros, Rubén era el Maestro. Así, con mayúscula".

El período consagratorio: Entre éste y su segundo viaje a Europa, Gálvez publica sus dos primeros libros, ambos de poesía: El enigma interior (1907) y Sendero de humildad (1909). Ediciones de quinientos ejemplares, con buena acogida de público, en particular el segundo, que es bastante discutido por la crítica.

El enigma interior es posmodernista, si no modernista. Incluso tipográficamente imita los Cantos de vida y esperanza. Lleva unos párrafos iniciales donde explica y defiende el verso libre. Es un libro elegíaco, verlainiano, con sus "tristezas de amor", que culminan en "el padecimiento de amor y la muerte de un poeta tuberculoso en Suiza". Sin embargo, "creo que al ejercicio que significa el haberlo escrito debo algunos bienes, como el inestimable de haber aprendido que cada palabra tiene un valor, un color y un sonido"; conocimiento que luego le servirá en sus novelas para atenuar el realismo. Por esta época, "mis poetas preferidos -confiesa- fueron en francés Verlaine. Samain, Maeterlinck v los simbolistas, llamados por lo común «decadentes», y en español Rubén Darío, Amado Nervo, Lugones, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y otros de su generación". Cabría agregar a Valle Inclán, "uno de mis ídolos".

Sendero de humildad denota un marcado cambio de actitud. Compuesto de veintisiete poemas, en su mayor parte extensos, hay en él ya mucho de sus estilo narrativo, como si se tratara de una aproximación al futuro novelista: expresión más sencilla y directa, temas más objetivos. Gálvez atribuye este cambio a su retorno a la fe católica, a las imágenes que ve en las provincias, a la influencia "de

www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas



José Ingenieros y Manuel Gálvez en Roma (1906)
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.así



Carta manuscrita de Rubén Darío a Gálvez (1902)



Otra carta de Rubén Darío a Gálvez, desde París

mi novia, alma llena de Cristo, y de los versos del *Poverello*, que ella me prestara", sin olvidar a Francis Jammes, Albert Samain y algunas poesías de Lugones.

Avanzado el año 1906, Gálvez es nombrado inspector de enseñanza secundaria y normal: en tal carácter debe viajar casi sin descanso durante dos largos años por las provincias del Norte argentino. Recibe entonces una grande y honda impresión; las provincias le hacen sentirse "argentino de veras". La Rioja, Catamarca y Jujuy, sobre todo, le colman "de sensaciones de humildad". A pesar de que una y otra vez confiesa no tener la menor inclinación por la pedagogía, permanece en ese puesto veinticinco años, hasta jubilarse.

A propósito de unas páginas en francés, publicadas en Ideas, conoce a Delfina Bunge, escritora y hermana de escritores -el más notorio, Carlos Octavio-, con la que Manuel Gálvez inicia un noviazgo a fines de 1905. Delfina pasa luego tres años enferma en distintos lugares de Córdoba; ya repuesta, se casan el 21 de abril de 1910 y se instalan en Sweet Home, que así llaman al hogar que mantienen en Olivos hasta 1918, en que se trasladan al barrio de Belgrano). Juntos emprenden ese mismo año del Centenario un largo viaje (quince meses) por Europa (en particular Francia y España) y el norte de Africa (Túnez y Argelia); al año de haber partido, nace en Biarritz el primer hijo del matrimonio, que también se llamará Manuel. El motivo oficial del viaje ha sido el de asistir como delegado a una conferencia internacional sobre el paro forzoso celebrada en París. Así como dedica los meses previos a su partida a concluir y publicar su primer libro en prosa, El diario de Gabriel Quiroga, reflexiones de carácter ético nacionalistas, así también los cuatro meses posteriores a su regreso trabaja en el informe sobre la conferencia de París, que titula La inseguridad de la vida obre-



Portada de la primera edición de Sendero de humildad

ra y que constituye un estudio erudito, no exento de observaciones que descubren un anhelo de justicia social. Salvo en los círculos especializados, estos libros pasan casi inadvertidos. No así El solar de la raza, del que ha escrito en Europa cuatro o cinco capítulos que aparecen en La Nación, pero que concluye en el invierno de 1912 y publica un año después, agotando los cuatro mil ejemplares de esta primera edición en muy poco tiempo.

Con este libro finaliza lo que puede considerarse el ciclo inicial de la obra de Manuel Gálvez, de algún modo preparatorio de su labor más relevante. En julio de 1912 cumple treinta años, edad que, según sus reiteradas manifestaciones, ha fijado para comenzar su tarea de novelista, pues cree haber adquirido ya la madurez y los conocimientos necesarios para emprenderla: "Pero antes de lanzarme resueltamente en mi camino, tracé un vasto plan y estudié concienzudamente la técnica novelística". Las cinco novelas que escribe a continuación -dejamos de lado Luna de miel y otras narraciones' (1920), de muy escasos méritos- constituyen el principal logro narrativo de Manuel Gálvez, aquel que le asegura un sitio en la literatura nacional y aun latinoamericana, pues él representa en estas orillas del Plata lo que Azuela, Barros, Rivera y Díaz Rodríguez en sus respectivos países. Conviene detenerse ahora en esas novelas.

La maestra normal (1914), en la que la apacible, calma, monótona vida provinciana, con sus personajes típicos, es sin duda la presencia más intensa y duradera de la obra. Las vicisitudes de la soñadora Raselda, las desorientaciones fraguadas de Solís, son menos perdurables que las descripciones quietas y solitarias de La Rioja. En su momento la novela tuvo una gran repercusión, sobre todo al promover una acalorada discusión acerca de las virtudes y defectos del normalismo.



Delfina Bunge de Gálvez, esposa de Manuel Gálvez, y sus hijos Gabriel, Delfina y Margarita

Pedagogía y planificación literaria

En varias ocasiones Gálvez nos manifiesta su repudio por la pedagogía, a la que, sin embargo, estuvo ligado durante muchos años en virtud de su cargo de inspector de escuelas: pero alguna vez reconoce también que, paradójicamente, él posee cierto espíritu pedagógico, una tendencia a explicar con claridad y en todas sus partes cualquier hecho oscuro o desconocido para su interlocutor. Creemos que la presunta contradicción no es tal, que no hay paradoja. Lo que Gálvez muy posiblemente repudia -dejando de lado vetas menos conscientes- es el empaque cientificista, la filiación liberal, en fin, las raíces positivistas del normalismo en nuestro país, como asimismo la pérdida de tiempo que las tareas burocráticas implican para su obra de escritor. Lo que descubre afín a su carácter es la enseñanza en sí, la disposición del maestro, aún más, la manía de ordenarlo todo. de no dejar ningún cabo suelto, nada librado al azar, a la espontaneidad, a los huecos de la libertad. Ejemplo vario y abrumador de esta actitud suya son sus memorias (Recuerdos de la vida literaria), todo lo que ellas tienen de justificatorio, de consolidatorio, de resumen, ordenamiento y exaltación de su propia obra. Ejemplos particulares en tal sentido y reiteradamente puntualizados en esas memorias son aquellos que se refieren a la índole omniabarcante de su ciclo novelístico-biográfico y a la calidad y recursos técnicos que allí se despliegan. Indiquemos un solo punto con respecto a lo primero. Su plan novelístico inicial. Según la imagen que él mismo se empeña en darnos, Gálvez había decidido va su destino de novelista alrededor de los 24 años de edad. Pero -y para decirlo con términos apenas

metafóricos- había decidido entonces no sólo la estrategia, sino también la táctica a seguir para lograrlo. Nada de apresuramientos: ver, mirar, observar, acumular experiencias y, a los treinta años, ya curtido, reverter sobre el papel lo visto y oído (se sabe, Gálvez padeció desde joven una sordera que se fue acentuando con los años). Luego, un momento antes de acometer la tarea, trazará un vasto plan v estudiará la técnica novelística. "El plan abarcará unas veinte novelas, agrupadas en trilogías. Debían evocar la vida provinciana, la vida porteña y el campo; el mundo político, intelectual v social; los negocios, las oficinas y la existencia obrera en la urbe: el heroísmo, tanto en la guerra como en la lucha contra el indio y la naturaleza; y algo más. Ciertos títulos de las trilogías no se fundaban en similitudes geográficas ni de otro carácter más o menos material del ambiente de las novelas que las integrarían, sino en semejanzas espirituales o morales. Así, una de esas trilogías llevaba por título La vida romántica; otra La vida heroica y otra La vida enérgica." Resumiendo dirá: "Yo también soñé con describir, a volumen por año, la sociedad argentina de mi tiempo" (Recuerdos, II, 10). Sin ocultar sus maestros: Zola, también Balzac y Pérez Galdós, por supuesto; Eça de Queiroz de El primo Basilio y Los Maias; Dickens y Tolstoy, v Palacio Valdés v Baroja; en otros términos, la gran novela realista del siglo XIX y sus prolongaciones.

El mal metafísico (1916), a través de las andanzas —o malandanzas— de su protagonista, el idealista, sentimental, abúlico poeta Carlos Riga, nos entrega un documento veraz — menos palpitante que enfático y discursivo— del ambiente intelectual porteño hacia principios de este siglo. Novela de clave, sus personajes son el disfraz, más o menos disimulado, de algunos compañeros de Cálvez: Gerchunoff, Ingenieros, Chiappori, Almafuerte, etc.

La sombra del convento (1917) pretende definir algunas controversias en torno a la cuestión religiosa, aludiendo a las tensiones que enfrentan a liberales y católicos, y a las distintas posiciones en el seno de estos últimos. Pero aquí también, quizá lo más notable sea la captación del ambiente, con resabios de Colonia, de la ciudad de Córdoba, sus paisajes y sus habitantes cotidianos. Para el autor, Capdevila supo comprender "la esencia de mi novela, que no era sino el deseo de la tolerancia re-

ligiosa".

Nacha Regules (1919) es la novela más difundida de Manuel Gálvez, su éxito literario más sostenido. Tiene una repercusión pública enorme e inmediata, y pronto es traducida a varios idiomas; con ella su autor pasa incuestionablemente a ocupar el primer lugar entre los novelistas argentinos del momento. Ahora bien, hay que reconocer que tamaño éxito está vinculado en gran medida a razones extraliterarias: su publicación como folletín en La Vanguardia, órgano del Partido Socialista; su temática, altamente explosiva, etc. Sobre el tema recuerda: "como en mi plan figuraba una novela de la mala vida en Buenos Aires, podía vincular los bajos fondos con la triste existencia de Nacha, y, recordando mi tesis universitaria, que fue sobre la trata de blancas, me absorbí en mi nuevo afán". Pero, desde un punto de vista literario, la novela no escatima caídas en la truculencia y el sentimentalismo v su ritmo narra-



Portada de la primera edición de La sombra del convento

tivo no se caracteriza justamente por la agilidad y el brillo.

Historia de arrabal (1922) ofrece una variante del mismo tema, a un nivel social más bajo. La brevedad de esta novela y su origen en una pieza de teatro tal vez determinen el ajuste de sus medios expresivos, de lo que resulta su obra más concisa, más despojada, en fin, la mejor. La progresión narrativa, el empleo —aunque indeciso— del lunfardo, el colorido tipificante en las descripciones, las contraposiciones físico-morales de los personajes conjugan un equilibrio no desdeñable.

Este breve repaso de las que se consideran -incluyendo Hombres en soledad (1938) - sus novelas fundamentales, nos permite observar un cumplimiento bastante fiel y en desarrollo del plan trazado diez años atrás. Tanto en lo que respecta a la temática de sus obras, como en lo que atañe a la forma narrativa, ajustada a un realismo "equilibrado". Un realismo que sigue los postulados de su escuela, que trata de no traicionarlos, que se autodefine como relato de lo que ve "con sus propios ojos". pero que al mismo tiempo no puede no ser -desde la perspectiva de Gálvez- inconsecuente. Observemos un solo punto: se adopta una técnica hija del positivismo (la naturalista), para promover un resurgimiento espiritualista. De allí muchas de sus ambigüedades, muchas de sus contradicciones.

Historia y supervivencia: Sin pretender una división estricta, podemos considerar que el año 1922 marca el punto más alto en los intentos realizados por Gálvez para describir la realidad social circundante y, a la vez, el comienzo de una serie de novelas en las cuales el autor habrá de acentuar el análisis psicológico de los personajes a la manera del novelista francés Paul Bourget. Historia de arrabal y La tragedia de un hombre fuerte, ambas de ese año, señalan dicha transición que, repetimos,



Portada de la primera edición de Nacha Regules



Página del original de Nacha Regules

Manuel Gálvez y el tango

Podemos distinguir, a través de las novelas y recuerdos de Gálvez, por lo menos tres niveles en los cuales manifiesta sus relaciones con la música porteña: 1) suele contar que en ciertos momentos de su vida el tango lo fascinó, lo "paganizó un poco", entonces incluso llega a bailarlo, previo paso por una academia; 2) a menudo le asigna un papel nefasto sobre la conducta de sus personajes, ligándolo al irracionalismo y la amoralidad ("música sensual, canallesca, arrabalera, mezcla de insolencia y bajeza, de tiesura y voluptuosidad, de tristeza secular v alegría burda de prostíbulo" -define en Historia de arrabal-); 3) en algunos de los últimos reportajes a Gálvez v en sus Memorias, habla a menudo de su libro Tangos, cuyos primeros poemas datan de 1924 y fueron publicados en ese mismo año en La Nación, y que completó pocos años antes de su muerte, permaneciendo aun inédito. Por fin, recordemos este epitafio que le dedicaran en la revista Martín Fierro:

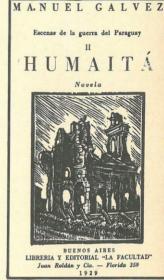
Los huesos aquí en montón de Manuel Gálvez están. Murió al dar un tropezón, cuando aprendía el gotán.

Nacionalismo castizo

Una constante muy atendible de nuestra literatura es la dialéctica del lenguaje que se juega con respecto a la lengua de nuestra madre patria. (Gauchesco v lunfardo tal vez sean los momentos más altos de la negación.) En líneas generales, los últimos románticos son proespañoles, los escritores del Centenario clamarán por un regreso a las fuentes hispánicas. Tanto en los hechos externos, sistematización de nuestra cultura, fundación de la Academia, etc., como en la consecución misma de un idioma depurado, mejor, puro; aunque se admita cierta inflexión argentina (pero esto es cuestión del "tono", del "matiz"). Piénsese en Banchs, o en Fernández Moreno; piénsese en las invectivas de Capdevila contra el "voseo" y en los frecuentes arrebatos de Giusti contra todo "bastardeo lingüístico" (y llama la atención, pues "Nosotros representa el advenimiento de los descendientes de italianos a las letras argentinas"). Manuel Gálvez también quiere participar de este casto casticismo: véanse sino las múltiples referencias al estilo de otros escritores v los cuidados que dice prodigarle al suvo propio, como también -mezcladas y en lucha con sus preocupaciones morales y sus intenciones de escritor realista- sus atenuaciones del crudo calco naturalista: elimina "palabrotas", entrecomilla el lunfardo, designa pulcramente a "ciertas casas del Pecado", etc. · Ahora bien, estas observaciones y otras similares que pudieran hacerse deben ensamblarse con la reivindicación espiritualista que intenta esta generación. Al filo del Centenario, la Restauración nacionalista de Ricardo Rojas y El diario de Gabriel Quiroga de Gálvez coinciden: está planteado "un verdadero problema de restauración nacional", dice el primero, y el segundo: hay que buscar "este bien inapreciable: la salvación de la nacionalidad". Todo esto sobre las fisuras y las contradicciones de una política que ha fomentado la gran avalancha inmigratoria.

no está exenta de rodeos y contramarchas. Así, dentro del primer grupo, cuvo carácter "documental" destaca el mismo Gálvez, cabe incluir, además de sus novelas iniciales, La pampa y su pasión (1926), que describe el ambiente turfístico porteño; Hombres en soledad (1938), cuva acción se desarrolla en torno a la revolución oligárquica del año treinta, y El uno y la multitud (1955), que en cierto modo es una continuación de la anterior en la época preperonista. En otras de sus novelas -como El cántico espiritual (1923), acerca de un escultor "genial" que busca la Belleza Absoluta; Miércoles Santo (1930), sobre las tribulaciones del padre Solana; Cautiverio (1935), "la lucha entre el hombre y la bestia" a través del adulterio de la señora Marilén Larrandy, y La noche toca a su fin (1935), "la novela del Congreso Eucarístico", a las que podríamos sumar sus últimas producciones, incluida La locura de ser santo, publicada con carácter póstumo por su amigo Julio Fingerit en 1967-, pretende profundizar el rastreo psicológico de los personajes, a la par que, en algunos casos, experimentar con nuevos recursos narrativos. De aquello resulta la fácil moraleja, de esto la endeblez. Es que Gálvez tiene ante todo un gran poder de observación; pero también una falta absoluta de imaginación. Ve, describe, recrea, pero no proyecta, no se lanza a descubrir el mundo, sino que éste se presenta va sin misterios ante sus ojos: descubierto, compacto, clasificado. Por eso los personajes de sus novelas no "prenden", se quedan en la superficie, y sus problemas no nos conmueven.

Tal vez de un modo bastante oscuro e inconsciente Manuel Gálvez haya percibido el desajuste que se venía produciendo en su obra, su escasa, menguante "realidad"; ello le habría llevado a tomar un desvío y, encarando ya no los escenarios contemporáneos sino los ámbitos potenciales del pasado histórico, a tratar de in-



Portada de la primera edición de Humaitá



Portada de la primera edición de la Vida de Bosas

Vida de Rosas www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

suflar nuevos bríos a su capacidad descriptiva. Aparecen así las tres novelas que integran las "Escenas de la Guerra del Paraguay": Los caminos de la muerte (1928), Humaitá (1929) y Jornadas de agonía (1929) y las dos primeras "Escenas de la época de Rosas": El gaucho de Los Cerrillos (1941) y El general Quiroga (1932). Este ciclo novelístico será completado con cinco volúmenes más entre 1948 v 1954, escritos contemporáneamente a su novela sobre las invasiones inglesas: La muerte en las calles. Entre uno y otro momento, redacta sus nueve biografías, de las cuales cabe destacar las que dedica a Yrigoyen, a Rosas v a Sarmiento. Al filo de su muerte, publica en Hachette los cuatro tomos de sus Recuerdos de la vida literaria, dejando inéditas varias obras. Para completar su biografía, deben consignarse los siguientes datos: los premios literarios que recibe, en particular el primer premio nacional en 1935 por El general Quiroga; su candidatura reiterada en tres oportunidades para el Premio Nobel; su nombramiento como académico en la Academia Argentina de Letras en 1931, a la que renuncia poco después por rencillas personales; sus colaboraciones en Ichthys, Criterio, Número y otras revistas y diarios; su labor como fundador de la sección argentina del PEN Club; el trabajo de promotor principal de la Cooperativa Editorial Buenos Aires, que publica algunos de los primeros libros de Horacio Quiroga, Baldomero Fernández Moreno, Alfonsina Storni y Benito Lynch, entre muchos más; su último viaje al viejo mundo -un crucero por el Mediterráneo con su esposa y sus tres hijos: Manuel, Delfina y Gabriel-; la muerte de Delfina Bunge en 1952 y el casamiento en 1954 con María Elena Gaviola Salas, para la que escribe sus Poemas de la recién llegada. Manuel Gálvez muere en Buenos Aires el 14 de noviembre



Gálvez con su segunda esposa, María Elena Gaviola

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ag

Bibliografía básica

(No se consideran en este cuadro sus numerosos prólogos a otros autores, su antología de cuentos argentinos, sus artículos periodísticos no recogidos en libro, las entrevistas y reportajes y un manojo de traducciones.)

POESIA

El enigma interior, 1907 Sendero de humildad, 1909 Poemas de la recién llegada, 1957 Tangos, inédito

TEATRO

Nacha Regules,
comedia en cuatro actos, 1925
El hombre de los ojos azules,
comedia en tres actos, 1928
Calibán, tragicomedia
de la vida politica, 1943
El hermano, inédita
La serpiente contra el hombre, inédita
Aparte, alrededor de los veinte años,
Gálvez habria escrito algunas plezas
teatrales breves.

NOVELAS (Y RELATOS)

La maestra normal, 1914 El mal metafísico, 1916 La sombra del convento, 1917 Nacha Regules, 1919 Luna de miel y otras narraciones, La tragedia de un hombre fuerte, 1922 Historia de arrabal, 1922 El cántico espiritual, 1923 La pampa y su pasión, 1926 Una mujer muy moderna, 1927 Miércoles santo, 1930 Cautiverio, 1935 La noche toca a su fin, 1935 Hombres en soledad, 1938 Las dos vidas del pobre Napoleón, 1954 El uno y la multitud, 1955 Tránsito Guzmán, 1957 Perdido en su noche, 1958 Me mataron entre todos, 1962 La locura de ser santo, 1967

ESCENAS DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

Los caminos de la muerte, 1928
 Humaitá, 1929

3. Jornadas de agonía, 1929

ESCENAS DE LA EPOCA DE ROSAS

El gaucho de Los Cerrillos, 1931
El general Quiroga, 1932
La ciudad pintada de rojo, 1948

ACCIVO HISTORICO de Revistas Argentinas

Tiempo de odio y de angustia (1839-1840), 1951 Han tocado a degüello (1840-1842), 1952 Bajo la garra anglo francesa (1843-1848), 1953 Y así cayó don Juan Manuel (1850-1852), 1954

TAMBIEN DE CARACTER HISTORICO

La muerte en las calles (novela de las invasiones inglesas, 1806-1807), 1949

ENSAYOS

La trata de blancas (tesis universitaria), 1904
El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina, 1910
La inseguridad de la vida obrera. Informe sobre el paro forzoso, 1913
El solar de la raza, 1913
La vida múltiple. Arte y literatura, 1916
El espiritu de aristocracia y otros ensayos, 1924
Este pueblo necesita..., 1933
La Argentina en nuestros libros, 1935
España y algunos españoles, 1945
El novelita y las novelas, 1959

MEMORIAS

Recuerdos de la vida literaria I. Amigos y maestros de mi juventud, 1944; con agregados, 1961 II. En el mundo de los seres ficticios, 1961 III. Entre la novela y la historia, 1962 IV. En el mundo de los seres reales, 1965

BIOGRAFIAS

Vida de Fray Mamerto Esquiú, 1933 Vida de Hipólito Yrigoyen, el hombre del misterio, 1939 Vida de don Juan Manuel de Rosas, 1940 Vida de don Gabriel García Moreno, 1942 Vida de Aparicio Saravia, 1942 Vida de Sarmiento, 1945 José Hernández, 1945 Don Francisco de Miranda, el más universal de los americanos, 1947 El santito de la toldería (la vida perfecta de Ceferino Namuncurá), 1947 (Todas ellas fueron reunidas en dos tomos de Biografías completas, prólogo de Carmelo M. Bonet, Emecé Ed., 1962.)

BIBLIOGRAFIA SOBRE GALVEZ

Natalio Kisnerman pudo reunir, poco antes de la muerte de Gálvez y con sa ayuda, una vasta Bibliografía de Manuel Gálvez (Bibliografía argentina de artes y letras, Compilación especial correspondiente al núm. 17, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1964, 76

pp.), que si no exhaustiva, es sin duda la más completa. En igual sentido, puede consultarse con provecho el estudio bibliográfico redactado por Alfredo A. Roggiano para el Diccionario de la literatura latinoamericana, Argentina, Segunda parte, pp. 292-298; Wáshington D. C., Unión Panamericana, 1961.

Anzoátegui, Ignacio B., Manuel Gálvez. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961 (Biblioteca del Sesquicentenario, serie Argentinos en las Letras), 68 pp. (Aproximadamente la mitad de estas páginas están dedicadas a trazar una biografía de Gálvez, y ocupa la casi totalidad del resto una selección de sus "páginas ejemplares".)

Desinano, Norma, La novelística de Manuel Gálvez. Rosario, Cuadernos del Instituto de Letras, Facultad de Filosofia y Letras, Universidad Nacional del Litoral, 1965, 55 pp.

Olivari, Nicolás y Stanchina, Lorenzo, Manuel Gálvez. Ensayo sobre su obra. Buenos Aires, Agencia General de Libreria y Publicaciones, 1924, 132 pp.

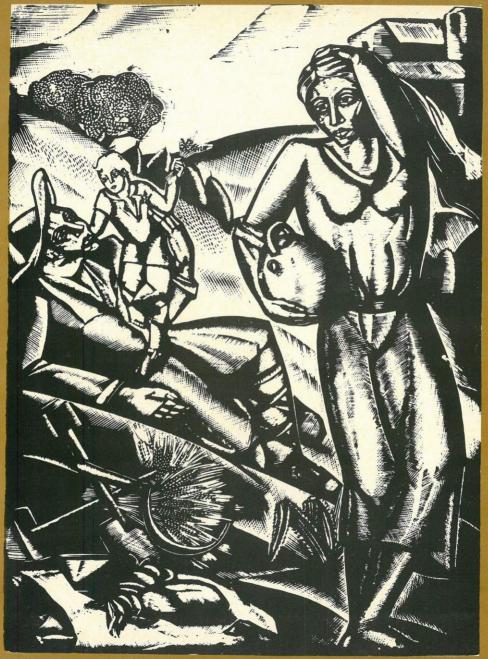
Aparte de estos tres libros sobre Gálvez, existen numerosos comentarios que tratan aspectos parciales de su obra o reseñan en particular uno de sus libros. La mayoría de éstos aparece indicada en la Bibliografía de Kismerman y varios juicios son transcriptos por el propio Gálvez en sus Recuerdos. Posteriormente aparecieron, entre otros, los siguientes comentarios críticos:

Blanco-González, Bernardo, "Manuel Gálvez (1882-1963)" (sic). Revista iberoamericana, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, julio-diciembre 1963, vol. XXIX, núm. 56, pp. 311-315.

Jitrik, Noé, "Manuel Gálvez: cincuenta años después". Buenos Aires, *Imagen* del país, 27 de abril de 1967, año II, núm. 14, pp. 47-50.

Duquesne Hispanic Review, año III, núm. 3, pp. 117-190, Pittsburgh, invierno 1963. Prieto, Adolfo, "Gálvez: El mal metafísico"; Onega, Gladys Susana, "Gálvez: La maestra normal"; Jitrik, Noe, "Los desplazamientos de la culpa en las obras sociales de Manuel Gálvez"; Carrero de Mármol, Elena, "Gálvez y Mallea. Imágenes de la Argentina"; Desinano, Norma, "Gálvez y la novela histórica. El ciclo rosista". Los tres primeros trabajos integran los Ensayos sobre Manuel Gálvez, Cuadernos de CEFYL, núm. 4, EUDECOR, Córdoba, 1965.

www.ahira.com.ar



Grabado-xilografía de Pompeyo Audivert (Museo Municipal de Artes Plásticas "Eduardo Sívori")

Archivo Histórico de Revistas Argentinas I www.ahira.com.ar

Este fascículo, con el libro NACHA REGULES, de Manuel Gálvez, constituye la entrega Nº 37 de CAPITULO Precio del fascículo más el libro: \$ 160.-

CAPITULO

i . i churia de la diteratura aigentina

Todas las semanas aparece una nueva enfrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada tasciculo da un panorama completo de un autor o un periodo: el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o periodo. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra

Primera parte I Introducción. Los orígenes — 2. Introducción: El desarrollo — 3. Introducción: Los contemporáneos — 3. Fipoca colonial: del Renacimiento al Barroco — 5. Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo — 6. La época de Mavo — 7. Nacimiento de la poesia gauchesca — 8. La época de Rosas y el romanticismo — 9. Echeverría y la realidad nacional — 10. El nacimiento de la novela: Mármol — 11. El nacimiento de la crítica: Juan María Gutiérrez — 12. La prisa romántica: memorias, historia, biografías — 13. El ensayo en la época romántica — 14. El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento — 15. Desarrollo de la poesia gauchesca — 16. José Hernández: el Martín Fierro — 17. La segunda generación romántica: la poesia — 18. Lucio V Mansilla — 19. La generación del ochenta: las ideas y el ensayo — 20. La generación del ochenta: la imaginación — 21 la "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde — 22. El naturalismo y el ciclo de la Rolsa — 23. Los últimos remánticos

Segunda parte 24 La vuelta del siglo: Almafuerte 25 El modernismo 26 Leopoldo Lugones 27 Modernismo y narrativa: Enrique Larreta 28 Realismo y picaresca: Roberto J. Payró 29 Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga 30 Ricardo Güiraldes 31 El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez 32 El teatro: Gregorio de Laferrère 33 La poesía en el avance del siglo Poesía y prosa - Almafuerte - 152 págs. La poesía modernista - Antología - 96 págs. La gloria de don Ramiro - Larreta - 272 págs. Violines y toneles - Payró - 168 págs. Los gauchos judios - Gerchunoff - 120 págs. Faucho - Giiraldes - 120 págs. En familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs. Jettatorel y Las de Barranco - Laferrère - 184 págs. Selección de poemas - Carriego y otros poetas	ENTREGA	FASCICULO	LIBRO
La vuelta del siglo: Almafuerte El modernismo Leopoldo Lugones La poesía y prosa - Almafuerte - 152 págs. La poesía modernista - Antología - 96 págs. La prosa modernista - Antología - 96 págs. La poesía modernista - Antología - 96 págs. La prosa modernista - Antología - 96 págs. La prosa modernista - Antología - 96 págs.			
25 El modernismo 26 Leopoldo Lugones 27 Modernismo y narrativa: Enrique Larreta 28 Realismo y picaresca: Roberto J. Payró 29 Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga 30 Ricardo Güiraldes 31 El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez 32 El teatro: Gregorio de Laferrère 33 La poesía en el avance del siglo La poesía modernista - Antología - 96 págs. La prosa modernista - Antología - 96 págs. La gloria de don Ramiro - Larreta - 272 págs. Violines y toneles - Payró - 168 págs. Los gauchos judíos - Gerchunoff - 120 págs. Faucho - Güiraldes - 120 págs. Fi familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs. Fi familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs. Selección de poemas - Carriego y otros poetas -	Segunda parte		
La prosa modernista - Antología - 96 pgs. La prosa modernista - Antología - 96 pgs. La gloria de don Ramiro - Larreta - 272 págs. Violines y toneles - Payró - 168 págs. Modernismo y picaresca: Roberto J. Payró Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga Ricardo Güiraldes - 120 págs. Faucho - Güiraldes - 120 págs. Selección de poemas - Carriego y otros poetas - Selección de po	24	La vuelta del siglo: Almafuerte	
27 Modernismo y narrativa: Enrique Larreta 28 Realismo y picaresca: Roberto J. Payró 29 Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga 30 Ricardo Güiraldes 31 El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez 32 El teatro: Gregorio de Laferrère 33 La poesía en el avance del siglo 34 Selección de poemas - Carriego y otros poetas	25	El modernismo	
Realismo y picaresca: Roberto J. Payró Realismo y picaresca: Roberto J. Payró Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga Ricardo Güiraldes I teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez El teatro: Gregorio de Laferrère La poesía en el avance del siglo Violines y toneles - Payró - 168 págs. Los gauchos judios - Gerchunoff - 120 págs. Faucho - Güiraldes - 120 págs. Faucho - Güiraldes - 120 págs. Fi familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs. Fi familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs. Selección de poemas - Carriego y otros poetas -	26		
Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga 30 Ricardo Güiraldes 31 El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez 32 El teatro: Gregorio de Laferrère 33 La poesía en el avance del siglo Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga Los gauchos judios - Gerchunoff - 120 págs. Faucho - Güiraldes - 120 págs. En familia y Barranca abajo - F. Sánchez - 120 págs. Jettatore! y Las de Barranco - Laferrère - 184 págs. Selección de poemas - Carriego y otros poetas -	27		
30 Ricardo Güiraldes Faucho - Güiraldes - 120 págs. 31 El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez 32 El teatro: Gregorio de Laferrère Jettatore! y Las de Barranco - Laferrère - 184 págs. 33 La poesía en el avance del siglo Selección de poemas - Carriego y otros poetas -	28		
31 El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez 32 El teatro: Gregorio de Laferrère 33 La poesía en el avance del siglo 34 El teatro: Gregorio de Laferrère 35 Selección de poemas - Carriego y otros poetas	29		
32 El teatro: Gregorio de Laferrère ¡Jettatore! y Las de Barranco - Laferrère - 184 págs. 33 La poesía en el avance del siglo Selección de poemas - Carriego y otros poetas -	30		
33 La poesía en el avance del siglo Selección de poemas - Carriego y otros poetas -	31		
	32		¡Jettatore! y Las de Barranco - Laterrere - 184 pags.
	33	La poesía en el avance del siglo	112 págs.
34 Feminismo y poesía: Alfonsina Storni Antología poética - Alfonsina Storni - 96 págs.	34	Feminismo y poesía: Alfonsina Storni	
35 La poesía de Enrique Banchs El cascabel del halcón - Banchs - 120 págs.	35	La poesía de Enrique Banchs	El cascabel del halcón - Banchs - 120 págs.
36 Fernández Moreno: el sencillismo Poesía y prosa - Fernández Moreno - 120 págs.	36	Fernández Moreno: el sencillismo	Poesía y prosa - Fernández Moreno - 120 pags.
37 Realismo tradicional: narrativa urbana Nacha Regules - Gálvez · 180 págs.	37	Realismo tradicional: narrativa urbana	Nacha Regules - Gálvez - 180 pags.
38 Realismo tradicional: narrativa rural Los caranchos de la Florida - B. Lynch - 180 págs.	38		Los caranchos de la Florida - B. Lynch - 180 pags.
39 El movimiento de Martín Fierro Selección - Macedonio Fernández - 120 págs.	39	El movimiento de Martín Fierro	
40 Florida y la vanguardia Antología de Florida - 120 págs.	40	Florida y la vanguardia	
41 Boedo y el tema social Antología de Boedo - 120 págs.	41	Boedo y el tema social	Antologia de Boedo - 120 pags.

Fascículos que aparecerán posteriormente: 42. La novela moderna: Roberto Arlt — 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum — 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada — 45. La crítica moderna — 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea — 47. La novela experimental: Marechal — 48. La narrativa fantástica: Borges — 49. La poesía: la generación del 40 — 50. La poesía social después de Boedo — 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia — 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes — 53. La generación del 55: los narradores — 54. Las nuevas promociones: la novela; la poesía — 56. Las revistas literarias.

7 Centro Editor de América Latina S. A. Avda. de Mayo 1365 — Buenos Aire o en la Agentina — Printed in Argentina — Hecho el deposito de Tey. o en los Talleres Gráticos de Sebastán de Amorrottu e Nijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en mayo de 1968.